

ALJABA

ARTE Y LITERATURA



JAEN
1953

LORENZO GOMIS ♦ ALFONSO PINTÓ ♦ ALEJANDRO
BUSSUIOCEANU ♦ A. SÁNCHEZ RUIZ ♦ EDUARDO
MOREIRAS ♦ F. MARTINEZ LLÁCER ♦ A. FERNÁNDEZ
MOLINA ♦ FCO. SITJÁ PRINCIPE ♦ RAMON DE
GARCIASOL ♦ A. GUIJARRO ♦ GABRIEL CELAYA
FÉLIX CASANOVA DE AYALA ♦ G. A. CARRIEDO
ANGEL CRESPO ♦ MARIO ALVAREZ ORTIZ ♦ JOSÉ
CORREDOR MATHEOS ♦ AGUSTIN UBEDA ♦ EMILIO
RUIZ PARRA ♦ A. GOMEZ ALFARO ♦ MADRILLEY

ENERO
FEBRERO

HACEN "ALJABA"

EMILIO RUIZ PARRA
FRANCISCO MARTINEZ LLÁCER
MARIO ALVAREZ ORTIZ

ADMINISTRA:

CESAR LUNA VILLACAÑAS

Portada: GREGORIO PRIETO

Contraportada: NUÑEZ CASTELO

Dirección:
Espartería, 11

Administración:
Fermín Palma, 18 - 1.º izqda.

LA MERIENDA

A las seis hemos cerrado los ojos todos
y nos ha acometido de pronto un escalofrío:
era preciso merendar, era preciso,
teníamos que ocultarnos de algún modo
(podían llegar los maquinistas en cualquier momento);
teníamos, a la fuerza, que disimular de algún modo,
disimular que nacimos un día, hace ya algunos años,
y que hemos de morir también un día,
cualquier día escondido en el cuarto de costura.
Los policías nos encontrarán tranquilos:
un hombre es un hombre, incluso si tiene miedo,
y no es posible no tener miedo cuando se quieren tantas cosas,
cuando se ansía sostener, contra todos,
el derecho a las paredes pintadas con color de recuerdos,
el derecho de ofrecer una silla y escupir cortésmente.

Por todas esas razones hemos decidido que teníamos
que merendar,
que era preciso poner un paréntesis al mundo,
y reunirnos pocos, como en familia,
a comer un poco de pan con tomate,
que era preciso al fin quemar los muebles
y volver otra vez a jugar, como en familia,
y volver a reunirnos
como si fuera domingo otra vez,
y correr las cortinas
y encerrarnos un poco,
aunque fuera por última vez,
a merendar,
a compartir el pan con sencillez,
a compartir el tiempo,
a compartir el pedazo de silencio que nos toca,
mientras llega el momento de saltar a la calle vestidos
de payasos,
mientras llega el momento de saltar a la calle vestidos
de siervos medievales,
mientras llega el momento de saltar a la calle vestidos
de moribundos.

Lorenzo GOMIS

LA HUELLA

Tenia cerca un ascua y era el viento.
Toma la luz que se derrama,
Estrecha el astro amargo.
La terrible mirada
no la ocultes así.
Mirá cómo las manos
brotan ya de la hierba.
Alcanzan las estrellas.
Acarician su arista.
Otra vez empujaban su armadura.
Oh, mar.
En lucha la besaste.
Oh fuego que sucumbe entre sus alas.
Oh grito suave del inerte cuerpo.

Buscad en la ceniza
vuestro encendido signo.
Sin duda allí las manos,
en el alba sangrienta,
encontrarán una secreta huella.
Tuvo su ser caliente rastro.
Los labios bordeaban en el cieno,
en el salvaje cieno.

Alfonso PINTÓ

JARDÍN CERRADO

Jardín cerrado Cielo de los ojos
hipnótico en la sombra de los párpados
sumisos a tus sueños fulgurantes

Sueño Lluvia de estrellas en tu alma
Eres el rosal negro de la noche
oscura flor abierta incienso y ámbar

Tiembla en tu canto una sensible corza
Vencido el tiempo abraza tus rodillas
Toma el mundo la forma de tus manos

Scherazada oh mil noches Scherazada
Tus dedos roseos luz de vida y muerte
en tu noche tañendo herida tu arpa

Alejandro BUSUIOCEANU

PRECEPTUEMOS UN POCO

La lírica española está transcendida de substanciación dolorosa de ideas, signos, materias, diálogos. El verbo, pudiéramos decir de una forma macabra, se nos escapa de las manos, a pesar de tenerlas ahuecadas, como campanas, como nidos. Es buena cosa ésta. Fluyen las palabras, fluyen las ideas, sintonizamos la radio de los cerebros con las emisoras que Dios tiene establecidas por todo el universo, con centro único, constante en su Verdad. Esta sintonización nos lleva a marcar el buen camino que deben seguir las palabras tras las realidades buenas. Lo malo consiste en hacer poesía no haciéndose daño. Sé que este es un concepto muy manido, pero, como tal, auténtico. Ya sabemos también que los tópicos son verdades venidas a menos en el idioma, en la realidad intelectual.

El mismo Juan Alcaide, poeta a cuya memoria, irremisiblemente, hemos de volver, nos lo dice: «No concibo el arte más que como una necesidad dolorosa: amputarse una rama del alma, vaciarse un hijo de la matriz del corazón y de los sesos». Es menester saberse punzar una vena en una tarde cualquiera, mientras el sol tiñe de rojo paredes y almas, y dejar estoicamente fluir la sangre que nos come, que nos sobra; el poeta debe saber cuándo esa vena le cosquillea, cuándo esa vena siente deseos de expatriarse llevando en sus bajeles, en sus carabelas, la cruz y la espada del mensaje de un alma, de un alma cualquiera que le duela la vida, que le duelan los días pasados en el campo, que le duelan los días pasados en la ciudad.

Juan Alcaide cita en su libro «La noria del Agua muerta» una frase de Mauricio Maeterlinck que reza así: «¡Quién sabe nunca todo lo que un hombre no ha podido decir en su vida!» La muerte, amigos míos, se nos cruza de brazos impenetrable ante nuestros caminos. Y se nos pueden quedar las cosas encerradas en caja de emociones. Pero lo transcendente es ese vacío que produce la muerte en nuestros cuerpos. El cerebro, con la pasividad de su silencio maravilloso, guardará bien el secreto de lo que hubiera podido decir de continuar la vida. Pero ¿quién sabe si et mejor destino de las cosas no está en morir non natas, sólo concebidas? Juan Alcaide dejó muchas cosas por decir, como cualquier otro.

Pero, amigos, Juan Alcaide era un poeta que podía permitirse el lujo de morir a los 43 años, llevándose consigo infinidad de radios conectadas con buenas emisoras de Dios. Juan Alcaide era un poeta que sabía encontrarle la substancia a las cosas, y nunca defraudaba. No puede defraudar el poeta que dice ante una emoción:

“Necesito que lleves mi recuerdo
como un oscuro cáncer por tu vida.”

O bien, ante el hijo frustrado de un amor frustrado:

“Crucifícalo un día.
Es carne de tu vida y de mi muerte.
Dile . . . que fuiste mía,
¡Y en su resurrección sabrá quererte
como antes de morir no te quería!”

Para Juan Alcaide la emoción era el compendio de su ser. Creemos también nosotros en la emoción como el secreto de toda victoria. Y más, en poesía. Porque estamos firmemente convencidos que es emoción abrir una ventana y sentir en la cara el frío del invierno; porque estamos seguros que es emoción que a uno le duela su pedazo de tierra; porque estamos seguros que es emoción desangrarse, vena tras vena, al sol. El poeta es el emocionado.

Creemos en la poesía que emociona, no en la poesía que llora. Por eso creemos en Juan Alcaide. Por eso vemos cada día más agigantada su figura en la lírica española. No cabe duda de su triunfo póstumo, ya que él no quiso alcanzarlo en vida. No quiso prostituirse. Era mejor esperar el tranquilo camino de la muerte, con la seguridad de ver un día sus huesos manchados con la grasa de la gloria.

La angustia de permanecer coexistía en Juan Alcaide con la ambición de ser cada día más humilde poeta, más sencillo hombre. Y se comía el pan duro de cada jornada con entusiasmo de llegar pronto a lo hondo de las almas. Porque lo esencial es esto: morir se llegando con nuestro arado a binar las almas más cercanas. Entregarnos, darnos con completo acatamiento, si de esa entrega logramos sacar el fruto sazonado de una buena vida. La muerte nos lamerá luego con su larga lengua, dejándonos blancos de eternidad, como a Juan, como a todos. Y es posible que escupa también luego, a nuestras espaldas.

ALJABA anunció en el pasado número la publicación de un libro —el primero de su colección— de Alcaide. Abrirá marcha con el seguro beneplácito de todos. La poesía alcaidiana ha de abrir muchas brechas en futuras Colecciones, porque poesía existe sin mácula, con sonoridades absolutas, con razón de belleza sin límites.

Antonio SANCHEZ RUIZ

LOS AMANTES

PALABRAS aladas llevaron a los labios
fuente callada, rumores de las hojas.

Las manos enlazadas
más fuertemente que la vida y la muerte
con idéntica ternura

dos gotas gemelas no podrían fundirse
ni sentir el diamante
el desmayo de ser luna,

tal era la única vida
que emergían dos cuerpos
con igual resplandor.

La muerte. ¿Qué es morir una tarde
como hoja, como fuente o suspiro
que vierte su angustia por arroyos
cantando?

Los ojos. Nadie puede beber
más secretamente
la lengua apasionada, misteriosa,

que, tal fulgor instantáneo,
—ala centelleante—
persiste en la pupila
clamando entre gemidos.

Védlos hoy dichosos,
dioses una vez de un solo reino.
Su camino muere al fondo
de un estanque olvidado;

mentira es vivir—tristes mañana—
en el frío vergel de las horas que huyen.
Un puro presente —caliente nube—
los lleva entre sus labios.

Eduardo MOREIRAS

Voz de Primavera

Esta es mi voz. Oidla. Oidla entre los árboles;
entre los tiernos juncos de la ribera, verde;
toda transida y nueva, traspasada de luces,
estremecida y pura como un adolescente.

Esta es la voz que estreno, arco de azules pájaros.
Esta es la voz de hoy, esta es la voz de siempre.
Bajo el azul, mi grito de asombro, se hace alondra,
mientras la Primavera mi corazón florece.

Esta es la voz que dice la nueva vestidura
de mi corazón. Alguien me llama a gritos desde
alguna verde y sola colina florecida.
Dios, que nos ha escuchado, nuestro sueño sostiene.

(Cabalgemos los potros por la extensa llanura).
La flor, a nuestro paso, humilde, se estremece.
¿Donde estará la meta de Dios esta mañana,
cuando la Primavera estrena ríos de fiebre?

Las luces de mi grito llegan hasta la cima
de este mundo estrenado hoy. Alguien detiene
con su rígido pulso, mi dolor y mi canto;
alguien que, desde arriba, me niega lo celeste.

Muchachas, con sus faldas ondeantes de brisas,
en la opuesta ribera, con sus labios prometen
el Amor. Ya se finge entregada a mi mano
esta mañana rubia, vibrante de cipreses.

Todo el cristal del día—límpido azul—repica
sobre mi oscuro pecho, con un rumor creciente.
Quizá este mar de hoy sea más niño que nunca.
Quizá las olas tengan pequeñez de juguete.

Los barcos, entre mármoles, entre cabañas, suben
hacia la verde isla del agua y de la muerte.
Esta impaciente aljaba de mi pecho, dispara
sus flechas hacia el último límite del oriente.

Tronchemos con la mano la flor. Rompamos luego
esta copa dorada y vibrante, que se vierte
sobre los ojos dulces, llenándolos de brisas.
Rompamos luego todo el engaño de los puentes.

Esta es mi voz. Oidla. La voz de mi garganta
que, en esta Primavera, renace como un fuerte
clamor. En ella flotan, lo mismo que en un río,
alondras, luces, pájaros y asombrados cipreses

Luz del Mundo

Yo soy la luz del mundo
(Joan, VIII, 12.)

Tú eres la luz del mundo. Tú eres toda
la luz. Desde la orilla yo Te grito.
Esta desnuda voz a Tí me eleva,
como un musical puente florecido.

Tú eres la luz del mundo; la luz buena
que alumbra este dolor y este destino.
Huimos de la sombra. Te gritamos
los hombres, desde el fondo del abismo.

Tú estás en las estrellas y en los peces.
Tú llegas a nosotros como un río
de luz. No tardes ya, que Te esperamos
sobre la dura tierra del olvido.

El agua está esperando. Ya la rosa,
por Tí, se pone su mejor vestido.
Estamos, con los árboles, clavados.
Esperamos tu lluvia y tu rocío.

Señor, no tardes ya. Mi voz se eleva
a Tí desde la orilla, como un trino.
Inúndanos de luz. Ciéganos. Ponnos
nuestra mirada blanca con tus lirios.

Poema

A Mario Alvarez Ortiz

Los astros ruedan, lentos, en la noche cerrada.
En un planeta, un muerto se pudre bajo un árbol.
Toda la creación vuela como una enorme mano,
y el mar es una lágrima de Dios bajo los siglos.

Esta luz en la noche es un tesoro oculto.
Un corazón palpita lo mismo que una rosa de sangre,
lleno de luz, de sombra, de amor, de dulce vuelo,
limitado suspiro sobre la eternidad.

Se encienden ya las piedras de amor, tiemblan los ríos
en el inmenso abismo de las estrellas muertas
donde reina el silencio de la serena orilla del olvido.
Un muerto está pudriéndose con un círculo férreo entre los dientes.

No morimos. Caemos como piedra al abismo,
y volvemos, volvemos sobre el mar, sobre el viento,
como un loco caballo pisando sobre el campo marchito de la carne.
Nuestra voz es campana, lluvia, sonrisa, flor.

Cuando un muerto se pudre, una rosa se abre lentamente,
y una estrella se cae hacia el lado del mar.

Francisco MARTINEZ LLÁCER

(*) Estos poemas pertenecen al libro inédito
"Voz desde la orilla" que próximamente
publicará la Colección ALJABA.

El corazón le tengo en estos campos

El corazón le tengo en estos campos
donde el trigo está verde
y se oye el grito del alacrán
que sorprende a las cigüeñas,
habitantes desde mis días infantiles
del tejado del campanario.

Baja la luz entre cristales
que penetran ojos y pulmones
y parece que la huella de alguna diosa
ha sido borrada por una mano invisible
agitadora de los sembrados.

Una fauna minúscula se agita entre las florecillas
y de cuando en cuando atraviesa el vuelo de un pájaro
una brisa, una flecha, una mirada
que puede ser un suspiro resplandeciente.

El azul cambiante del firmamento
se pierde entre la tierra verde
y el pueblo minúsculo con sus casas ocre
a cuya sombra descansan los animales domésticos
contempladores una generación tras otra
de estos días de maravilla.

El campesino que, la azada al hombro,
regresa fatigado,
contempla indiferente
toda esta felicidad que tiene delante
y que, aunque tal vez ignorará para siempre,
le es aún más cara que su vida y su descendencia.

En estos días de mi juventud recuerdo aquellos aún cercanos
en que empecé a amar todo esto,
días cargados de luz en que huía de alguna cárcel
para correr feliz y desalentado
temeroso a la inevitable reprimenda
de aquellos a quienes no podía explicar nada
y no han sabido comprenderme nunca.

Es lástima que aquí no haya estatuas,
estatuas que debieran ser de bronce,
y furiosos caballos con jinetes desnudos
que de un momento a otro quedarán convertidos en piedra.

Antonio FERNANDEZ MOLINA

PADRES

Vivo pan de la infancia recobrada
este en que nos mantienen, sosegados, los padres.
El tiempo se revive, nos enciende,
de nuevo en aquel día en que fué todo cierto:
la vacación, la feria, el fingido fantasma.

Sobre su frente, intacta nuestra infancia,
hasta nosotros llega con fuerza renovada.
Todo está vivo y guarda tiernamente
fuego que nos devuelve el corazón antiguo,
aquel como de ave, luminoso, olvidado.

Alcanzables, posibles todavía
son, en sus claros ojos, las amparadas horas
del temblor más primero y la sorpresa
ante el astro o el pájaro, contemplados radiantes,
como ayer venturosos, intachables, recientes.

A través de los padres—pan abierto—,
fortaleza amistosa del amor que nos hizo,
el tiempo es un instante duradero,
juntador inefable de las horas más lejos,
viva luz recobrada, repetida esperanza.

Y es, apenas, la muerte, una palabra
en esta hora que aún juntos alzamos, vida a vida,
como un templo, sobre el mismo destierro
los padres y nosotros, en ellos mantenidos
como lluvia primera, nuevamente inocentes.

Francisco SITJÁ PRINCIPE

NOCHE DE MAYO

A Enrique Soriano

Qué hervidero de mundos, qué derroche
de azul hasta los huesos, hasta el llanto
de no haber, ¿el qué? ¡Se acerca tanto
el abejar de estrellas de la noche

sin noche, hasta la carne florecida
de pasmo de pasión! Huele a Dios vivo
el silencio y la luz. Un sensitivo
oleaje de sangre sin salida

bate dentro del cuerpo. El universo
hace su mayo en mí. Se me derrama
un hervor de milenios por el verso.

No sé decir el no sé qué sentido.
Y mientras la marea crece, clama
el hombre que no soy, por mí perdido.

Ramón de GARCÍASOL

PORTAS ESPANOLAS
GABRIEL CELAYA



Dibujo de A. GUIJARRO

GABRIEL CELAYA

De entre los poetas españoles actuales, Gabriel Celaya es, sin duda, uno de los de más acusada personalidad. Una personalidad poética uniforme y profundamente humana alienta a través de su obra múltiple. Múltiple, por dos razones: porque Celaya es uno de nuestros más fecundos escritores, y porque ha jugado a la matemática con su nombre, dándonos sus libros bajo el trino firmar de Rafael Múgica, Gabriel Celaya y Juan de Leceta. Su nombre es Rafael Gabriel Juan Múgica Celaya Leceta, y ya el lector que pudiera desconocer tal circunstancia puede intuir el cómo de esa triple nominación.

Gabriel Celaya nació en Hermani (Guipúzcoa), el año 1911. Cursó el Bachillerato en San Sebastián, y estudió la carrera de Ingeniero Industrial en Madrid, viviendo en la Residencia de Estudiantes, cuyo ambiente intelectual influyó notoriamente en su espíritu. Actualmente reside en San Sebastián desde donde despliega una gran actividad, colaborando en la prensa diaria y en la mayoría de las revistas literarias actuales, y dirigiendo la Colección «Norte» de libros poéticos.

El primer libro de versos de Gabriel Celaya—«María del Silencio»—, data de 1935. En 1936, «La Soledad Cerrada», llevaba al autor el Premio Lyceum. Desde entonces, hasta 1946, hay en su obra un largo silencio, pródigamente compensado después con sus libros más logrados: una serie que se abre con «Tentativas», y que continuándose a través de «Movimientos elementales», «Objetos Poéticos», «Deriva» «Las Cosas como son» y «Las Cartas boca arriba», viene a concluir con un último y magnífico libro: «Lo demás es Silencio».

La poesía de Celaya arranca del caos. Contra él va el poeta, terca y humanamente, a veces desquiciado en un mar de contradicciones. El Hombre intenta entonces crecer sobre sí, abarcar a un mundo dentro de su más sangrante sinceridad. El combate está entablado entre un ansia de vivencias elementales y un mundo estrepitosamente derrumbado y envuelto en la oscura noche. El hastío le llena a veces, y angustiado grita:

«Porque todos vivimos y vivir sólo es eso:
No es el amor, la dicha, una idea, el destino.
Es tan sólo una sopa caliente, espesa y sucia»

Pero el poeta se exalta, se erige en solidario defensor de una Humanidad aplastada, y lucha, «los dientes apretados», en medio aun de su soledad:

«No pasarán mi puerta,
no cederé a su encanto.
Mi soledad maciza
no romperá con ellas vagamente sonando».

Una de las más acusadas características de la poesía de Celaya está en su íntima y cruda sinceridad. Una sinceridad que, en lo arrollador, entronca con el modo de construir sus versos, que muestran en su tan característico ritmo, la vigorosidad de la mano que los hizo.

¿Hay, por otra parte, existencialismo en esta poesía? En el concepto común y corrosivo que de esta palabra se tiene hoy, no. Hay una enorme preocupación existencial. Pero una preocupación hondamente redentora y, por tanto, humana. Gabriel Celaya lucha entre un mundo de dudas, que está en sus raíces.

«Lo que sufren los hombres, lo que sufren a solas
buscándose las vueltas conscientes y, atrevidos,
quemándose y creciendo más allá de sí mismos,
nos da un nuevo sentido».

Hay, en fin una llamada hacia la fraternidad, hacia la unión, hacia el amor...

«Hermano rayo beta, hermano silicato,
hermano Ford modelo del año diez y siete
y tú, hermano Francisco, que a tantos olvidaste
juntad, si eso es posible, mi furia y mi ternura».

La poesía de Celaya, es, concluyendo, la muestra más vigorosa de esta poesía española actual. Una poesía dicha a voces, a gritos, y llena de bellezas. Una poesía que saluda un mundo renacido.

EL MARTILLO

Cuando el trabajo, cuando lo cotidiano
nos va y nos va golpeando,
se abandonan los bellos disfraces con que un día
jugamos a inmortales. Y el alma queda en nada.
Y el hombre es sólo humano, repetible, cualquiera,
anónimo y sagrado.

Cuando el martillo, cuando lo duro y terco
con tacto y metal neto
ataca destellante, declara hasta la estrella,
claro y seco, sonoro, totalmente inmediato,
lo mínimo y precioso del centro diamantino,
señala en mí el destino.

Dando en el clavo, dando en firme verdades
de claridad constante,
pulveriza impasible la ganga de ideales
y el yo que se inflaciona formando gasa a gasa
la opacidad que esconde, durísima, en el fondo,
mi pequeñez más pura.

Dando, iracundo, dando a luz con coraje,
me forja mi atacante.
Ya no soy quién con nombre. Ya todo lo doliente
—la sombra que me sigue, la vida que aún me cuento—
trabajado, desnuda su principio intangible:
Nadie es nadie si es hombre.

Donde se calla, donde las vidas mudas
fielmente se permutan
y dan una por otra continuo testimonio
de aliento sostenido, de corazón perpetuo,
yo pongo mis pequeñas palabras para todos
y una esperanza en alto.

Donde los días, donde lo lento y largo
cuenta a cuenta es rezado
nacido para amar, para morir, aún canto
y a penas perceptible mi voz corre en el fondo
del mundo que sí existe, y es fugaz, y es hermoso.
Soy, perdido, un amante.

Canto el presente. Canto el ser extasiado
sabiéndome de paso.
No canto al yo que piensa que es único y se imanta,
ni al hombre que se mira tercamente a sí mismo
y cree en Dios para luego poder sentirse eterno.
Canto lo necesario.

Canto la muerte. Canto, libre de engaños,
los días y trabajos,
los oficios humildes que rezan los obreros,
la dureza consciente, los héroes cotidianos,
los hombres que se siguen sin alzar la cabeza.
sin bajarla tampoco.

Manda, martillo. Manda, aunque me duelas.
Levanta en mí la estrella.
Contra mí mismo lucho cuando busco ese estado
de radiante conciencia, de humildad trascendente,
y esa luz sin materia ni yo central clamante
de un dolor bien tallado.

Manda, implacable. Manda tú, necesario,
y fija en mí tu rayo.
El aire es un halago cuando muevo los brazos,
transporto sin sentirme lo que otros me entregaron,
me olvido de mí mismo, tomo y doy, y ay, respiro:
Soy mortal; soy activo.

Duro es mi tiempo. Duro y ciego es mi mundo,
mas yo seré más duro,
golpeando sin odio, martillando verdades
necesarias, sagradas, salvadoras, terribles
como un amor oculto que al fin dice su nombre,
resulta ser combate.

Duro es el sino. Duro, el vivir abrupto.
Duro es también el puño
donde estoy apretando, y ocultando, y formando,
para ser sin decirme, para que triunfe en otros,
mi voluntad, mi furia, mi decisión de entrega
y el valor de ser hombre.

Contra lo vago, contra lo dulce y triste
que en lo ancho me desvive
y en el agua sin forma de lo total irisa
una leve sonrisa, quizás melancolía,
propongo estrictamente, con una rabia heroica,
lo claro, amargo y frío.

Contra lo blando, contra los mil perdones,
hoy mato corazones.
Soy la luz y el martillo, soy el terco trabajo
de los hombres cualquiera, y ese motor sin pausa
que afirma y más afirma, golpe a golpe labrando
la estatua colectiva.

¡Pobre de tí! ¡Pobre de mí que, a veces,
como tú, siento fiebre,
agiganto mi pulso, me imagino que siempre
durarán por intensos mis mínimos instantes,
lo mío y solo mío, lo ineludible y loco
del verso que ahora apuesto!

¡Pobre de mí! ¡Pobres de los que, pobres,
lloramos los sudores,
creyéndonos divinos, gota a gota acabando
en esa cristalina verdad que transparenta
lo mucho que debemos, lo poco que valemos,
la nada de los nombres!

Canta, martillo. Canta tú hasta matarme.
Contra mí, sé constante,
hasta hacerme y hacerme notar qué poco importo,
y hacerme ver qué poco soy si soy quien se explica,
y cómo cuanto existe se vuelve en mí plausible
y es en mí, sin yo, vida.

Canta, martillo. Canta claro verdades.
Canta lo irremediable.
He abrazado el difícil destino que me cumple.
Soy como tú. Soy nadie. Soy un hombre clavado.
Mas no cejes martillo, por mucho que me queje.
Sé mi estampa fulgente.

Gabriel CELAYA

FOTOGRAFIA DE LA TIERRA

La Tierra rodaba pura,
y fué en su bello amanecer cuando la sorprendió el objetivo
desde un avión cohete.

No he visto aún este retrato de la Tierra
que tal vez dormirá en los archivos de un Estado.
Allá en la noche cósmica del Oeste,
donde fuerzas telúricas se desentrañan ahora,
se vigilan militarmente,
los hombres que golpearon con el radar la Luna
hasta arrancarle su latido sonoro,
han obtenido también el fiel retrato de la Tierra.

No quiero ser pesimista en este instante
de victoriosa lucha contra la sombra.
Duermen los volcanes de Dios.
En el Orbe de Dios no se mueven las apocalípticas ramas.
Y en esta madrugada de anchísima ternura,
la redonda claridad del planeta,
el unánime límite con el espacio,
nos hablarán desde esta fotografía
en que la imagen pura del mundo nos sonrfe.

(Y allí estábamos todos
en esa madrugada de 1949
en que los hombres, inconscientes de la alegría de habitarla,
nos movíamos rencorosamente por las galerías
de sus capitales mellizas.)

Félix CASANOVA DE AYALA

EL NAUFRAGIO

En el fondo del mar anida un barco
que dicen naufragó en 1900.
Llevaba perlas de 10.000 quilates
y damas que, bellísimas, amaban;
llevaba marineros juveniles
y algún lobo de mar con experiencias;
llevaba un capitán y un cargamento
de sobres con destinos diferentes.
Naufragó a tal altura de tal isla
entre este meridiano y San Francisco,
entre aquel paralelo y Gran Canaria
a tantos grados de tal costa exótica.
Algunos doctos en marinería
dicen que el barco naufragó debido
al fuerte viento desatado en torno
y al mar funesto que encrespó sus olas.
Las mujeres encintas y los jóvenes
que estaban por casar también murieron;
los niños que, estudiosos, prometían
y las doncellas con pureza y todo.
Allí no se salvaron ni las ratas:
daba pena el momento del naufragio
con sus gritos pelados y sus preces
rezando al dios de las marinas zonas.
En el último instante, un cablegrama
lanzado con la angustia presumible,
decía sobre poco más o menos:
"Dios se apiade de todos, porque estamos
con el agua en el cuello. Es lamentable."

Gabino-Alejandro CARRIEDO

LAS ABEJAS

(C U E N T O)

El médico se hacía de cruces. Ni tila ni nada. Lo que tendrían que hacer los padres, de ser más ricos, sería llevar al muchacho a una casa de reposo. Allí saben de Freud y de muchas cosas más. Pero llevar al chico al hospital provincial jeso sí que no! Le instalarían en el manicomio y se empeoraría la cosa.

Los padres estaban muy consternados. El padre se llamaba Jesús, pero le decían "El Portugués" porque fué al pueblo con unas cuadrillas de segadores cuando en Portugal había mucho paro. Se casó poco después con una muchacha llamada Andrea, que le gustó por tener los tobillos gordos y relucientes. Es cuestión de sensibilidad. "El Portugués" sabía que el médico tenía fama de bruto, pero se daba cuenta de que esta vez no exageraba. La fama del médico provenía de su costumbre de arrancar a tirones las vendas pegadas y de regañar a las mujeres que le daban toallas usadas para secarse después de las visitas.

Andrea la del "Portugués" lloraba sin cesar mientras atendía a Pablo, que quería tirarse por la ventana cada vez que una mosca o una avispa pasaba a la habitación.

—¡Abejas, abejas! ¡Bichos, bichos!—decía poniéndose bizco.

Y Don Cecilio, el médico, y "El Portugués" tenían que sujetarle para que no saltase de la cama. Buen trabajo les había costado meterle en ella, sin que consintiera en quitarse las abarcas.

—¡Cierre usted esa ventana!, rugía Don Cecilio. ¡Que echen flitz aquí! Y "El Portugués" dió un pescozón al pobre Antonio, que contemplaba la escena sin comprender casi nada. Porque Antonio, el hermano pequeño, fué quien levantó la cortina de la ventana para ver si su hermano se había puesto de veinte colores como decía su madre. Entonces fué cuando entraron las moscas.

A Pablo el del "Portugués" le había mandado su padre a hacer leña. Salió del pueblo al amanecer y cuando llegó al monte empezó a arrancar jara, después de atar la mula a una coscoja. Arrancaba la leña con las manos, a tirones, y rara vez usaba el escardillo. Las matas salían de raíz. Después de hacer una buena carga se tumbó debajo de una encina. Y se quedó dormido.

—Eso es lo malo, decía el médico. Ustedes viven como los animales. Peor que ellos, porque ustedes no tienen instinto. Lo del chico, con ser fatal,

es una de las muchas cosas que le podían haber pasado. ¡A quién se le ocurre tumbarse a dormir en medio del monte!

Luego, explicó,—consternando más a la familia y poniendo singularmente nervioso al "Portugués"—que Pablo podía haber cogido una pulmonía que se lo llevase Pateta. Pateta debía ser el diablo.

"El Portugués", fuera de sí, cogió al chico por los hombros y empezó a insultarle sin saber lo que hacía.

—¡Si siempre he dicho yo lo que tú eres!

Parecía que lo iba a matar.

Como decíamos, Pablo se quedó dormido después de haber hecho leña. Al despertarse, notó un zumbido denso y un cosquilleo por las manos y por las partes de los pies que le dejaban desnudas las abarcas. De los codos para abajo, estaba cubierto de abejas. Un enjambre se le había posado encima.

Pablo no era lo que su padre había dicho siempre y se acordó de haber oído contar que en estos casos lo mejor era estarse quieto, aunque las abejas se subieran a las barbas. Al cabo de un rato terminaban por irse. Lo malo era moverse: Una vez se paró un enjambre sobre una mula que descansaba y, como ésta echó a correr, la mataron a picotazos. El muchacho aguantó. Hizo un esfuerzo tan grande que perdió el conocimiento. Al despertar ya no había abejas sobre su cuerpo. Entonces, corrió sin parar hasta su casa, olvidado del animal y de la leña.

Su padre tuvo que sujetarle para que dejase de loquear. Llamaron al médico. Don Cecilio estaba seguro de que aquello sería la causa de una enfermedad mental. Era un médico muy aprensivo. En cuanto una persona tosía ya se creía que estaba tísica. Era porque él lo había estado siendo estudiante.

El médico y la del "Portugués" trataron de separar a éste del muchacho.

—Déjenme ustedes, decía. ¡Si estas cosas te pasan por lo que yo digo! ¡Si a tí te voy a curar yo!

El pequeño alzó la cortina de nuevo y, entonces, pasó una abeja a la habitación.

Pablo, al verla, dió un tirón y logró separarse del padre, mientras exclamaba:

—¡Esta tiene que ser una de las de esta mañana!

Y corriendo detrás de ella gritaba:

—¡Dejádmela! ¡Esta no se escapa! ¡A ésta me la como yo!

Había perdido el miedo a las abejas. Don Cecilio comprendió que ya no había cuidado.

Angel CRESPO

TENGO TEMOR DE VERTE

Tengo temor de verte en esta hora parada
en el reloj sin eco de tu esquina perdida;
todo el cielo parece presagiar la tormenta
entre estrellas que brillan como última esperanza.

No hay sombras, ni suspiros, ni muerte,
solo la paz callada de la calle vacía;
pero el aire que corre sin ruido
lleva alfileres duros que atraviesan mi carne.

Y resuenan tus pasos aquí en mi corazón
deteniendo la sangre que corre por mis venas,
igual que aldabonazos sobre la firme puerta
que sin querer abrirse tiene que dejar paso.

Estoy temiendo verte.
Pero tengo que verte,
aunque me cueste todo lo que perderse pueda.
Aquí mi voz te espera
aunque cada palabra se lleve en su sonido
lo mejor de mi vida.

Y te espero, y te acercas,
en tu calle vacía,
en la noche dormida en su triste silencio;
las estrellas suspenden su rutilar constante
y sin nubes ni viento
presagian la tormenta.

Mario ALVAREZ ORTIZ

POEMA

Oid el aire, oidlo. Sobre el aire volando
viene una mano herida, viene una mano sola.
Lo próximo es lo último. La esperanza o la muerte
es lo que ya está cerca, sobre el aire volando.

Detrás de los ponientes surgirán falsos ángeles,
ángeles de exterminio en un sueño de plomo.
Sobre el inmenso campo asombrado del mundo
veréis los nuevos frutos en haces apretados.
Los pájaros de siempre, los que conoce el hombre
cantarán la victoria.

Un blanco sol sin cielo sonará en nuestras frentes
y refundida luna nos guiará a todos
bajo la ausente noche por caminos inéditos.

Preparad el cansancio en que vuestros pechos crece.
Escuchen vuestras frentes
esa mano tan vieja sobre el aire volando.

José CORREDOR MATHEOS



Dibujo de AGUSTIN UBEDA

EMILIO PARRA

GAUDI Y LA MODERNA ARQUITECTURA

Siquiera sea brevemente, se impone hablar de Gaudí. España ha celebrado ahora—Cataluña, sobre todo—, el primer centenario del gran arquitecto. Y, se ha dicho mucho, y en sentidos varios, en torno a su obra.

Por encima de todo, hay algo muy significativo, tanto más después de percibir la marejada en torno a lo que alguien, con más fobia que razones, ha dado en llamar «concreción tuberculosa (i), purulenta y cursi»: Antonio Gaudí ha sido el único arquitecto español destacado de entre la masa amorfa de fríos geometrizarantes de una arquitectura de equipo, simplemente reducida a ciencia sin más motivaciones que lo práctico.

Lo práctico y lo artístico no son entidades irreductibles. Y si, en el orden primero las necesidades han sufrido una total evolución, es de todo punto improcedente el considerar que ello ha sido a cargo y contra la estética, que tiene, por lo demás, sus caminos.

La Arquitectura es, aparte lo que de ciencia pueda llevar en sí, un arte. Y como tal, está en relación con el artista de un modo directo, inmediato y casi mágico, a través del estilo. Aunque éste se halle en cierto modo contrapuntado en su aspecto externo por un elemento nada despreciable, sobre todo aquí: la función social

La Arquitectura no puede olvidar su función práctica, ni su posible perennidad. Pero tampoco puede desentenderse de su valor exponencial de una época y de un espíritu. Y del mismo modo que nos explicamos en esencial correlación el románico y el Medievo, y la arquitectura sobria y austera de Juan de Villanueva—como austero era también su rey e inspirador—, es forzoso conceder el mismo margen de adhesión a la moderna arquitectura, de la que Antonio Gaudí fué su adelantado.

En Gaudí hay una constante vibración de la materia, que quiere latir al unísono del pulso del arquitecto, pulso robusto como lo son sus piedras que, a veces, están llenas de simbolismo y de espiritualidad. Un casi misticismo atormentado y rugiente levanta los cuatro arcángeles de las torres de su Templo de la Sagrada Familia, que es sin duda su obra más completa pese a su inconclusión; el mismo que alienta, desafiando a las leyes gravitatorias, en la concepción de aquellas arbóreas oblicuas columnas que, como manos poderosas sustentan la bóveda del Parque Güell.

La nota más acusada de la minuciosa arquitectura gaudiniana es el desequilibrio de las formas. Los edificios, las recias construcciones de Gaudí, se afirman sobre la ausencia de líneas rectas. Y esto, pese a sus enmohecidos detractores, alguno de los cuales ha querido hacernos creer que virtud eterna de la arquitectura fué siempre la sencillez geométrica. Vana pretensión. Porque aun dando por acertado el tal aserto, nada podía impedir que tal principio dejara un día de tener vigencia.

Gaudí llega a veces a una fusión de lo artístico a través de su espíritu múltiple. Cosa ésta más significativa por cuanto su concepción, que resume lo arquitectónico con lo escultórico en un todo complejo, como ya lo hiciera el gótico siglo atrás—cosa ésta que muy a tiempo nos recuerda en una revista argentina Gastón Bréyer—nada daña la solidez y firmeza de la fábrica. Y sí, en cambio, viene a dar constancia de una arquitectura que, nacida totalmente española, puede muy bien dar la pauta de un auténtico Modernismo.

Emilio RUIZ PARRA

MIEDO EN NOSOTROS

En recuerdo de R. D. a quien ví
enterrar en su nicho del cementerio
de San Rafael, de Córdoba.

¡Qué sensación de angustia y desamparo
al dejarnos tu seno y tu mirada!

Te has quedado en tu nicho, surmontando
la imprecisa cucaña de la Vida,
con el pecho, la espalda, y tu recuerdo
recortados en blanco sobre un muro.

No han querido dejarte bajo la tierra húmeda
porque todos temían que te crecieran raíces
y sigúieras durmiendo con el beso en la boca,
y estás ahí, tus costados sumidos en madera,
tu pecho sin oxígeno, tu espalda, tu cintura...,
sin sitio para el músculo redondo de tu cuello,
sin poder observar con tus cuencas vacías
cara a cara las nubes,
porque arriba y abajo, a un lado y a otro,
a muy pocos centímetros del marfil de tu sangre
no hay sino cadáveres ceñidos a su nicho
que interrumpen tu vida transvasando secretos
porque el cemento, el mármol, la madera,
separan los cadáveres con rejas
o flores arrancadas, como tú, ya muertas.

Todo ha sido, muchacha que te evades sin besos,
parada la clepsidra de tus breves pulmones,
sola y virgen la cama de tu batallar suave,
por que nadie quería dejarte solitaria,
sembrada bajo arena..., no fuera que en tus dedos
quedase la caricia de lo húmedo
y sigúieras durmiendo el día que te llamaran...

Antonio GOMEZ ALFARO



(Viñeta de MADRILLEY)

PUBLICACIONES

FELIX CASANOVA DE AYALA.—“El Paisaje Contigüo”. Colección El Pájaro de Paja. Madrid.

La madrileña colección de “El Pájaro”, empieza con buen pié con este agradable libro de Félix Casanova.

De Casanova hay otra poesía, de la que a veces dió buena muestra nuestra revista, y que para nosotros es más personal, y hasta más interesante por su original enfoque. Y sin embargo este libro nos deja en la boca una deliciosa frescura, suavemente chorreada. Porque hay indudablemente un gran dominio del verso y sus elementos, y sobre todo por algo que asoma a flor de tierra—a flor en agua—y que le llevó a los ojos posiblemente la contigüidad marina a Centa. Esto es, claro está, mero supuesto...

El libro está dividido en dos partes: una primera, con quince sonetos de una gran perfección, y otra en que las canciones alternan con poemas mayores.

Lo primero que asoma a los versos de este libro, en especial en su mitad anterior, es el agua. En torno a ella está el verso, bien como tema, bien como elemento para la metáfora o la imagen. Sobre ella, la palabra navega, enjuagándose, haciéndose cristal, y ciñéndose a la anécdota. Buena prueba de ello nos dá el soneto “La Casa del Herrero”, en que auna del modo más hábil un conjunto de accidentes visuales, auditivos y aun olfativos, suavemente recogidos en el poema.

En la segunda mitad, hay agilidad de ritmo y una estilizada elementalidad. A veces llega al juego con las palabras, y a veces, también, sigue asomando la presencia del agua. El libro se cierra con un excelente poema, “Los fantasmas”, de gran nervio poético. En medio, pues, de este paisaje se mueve el poeta que es Casanova de Ayala.—E. R. P.

ANGEL CRESPO.—“Quedan señales”. Colección Nebli. Madrid.

Es ciertamente interesante el camino que la poesía de Angel Crespo viene siguiendo. Angel Crespo nos dió hace un par de años otro libro de poemas: “Una lengua emerge”. Desde entonces acá, el poeta ha pisado hondamente, y lo que era lengua emergente y simple caricia, es raíz profunda y viva, llena y envuelta de vigor.

En su libro anterior—que no era tampoco el primero—el poeta parecía acariciar con su voz y con sus manos el mundo que le rodeaba, la arena que bajo los pies cruje, las hondas bodegas, las cosas, en fin. Era su voz suave y llena de pájaros, con los que muchas veces escapaba la arañadora hondura de la palabra. En este libro en cambio, sucede algo bien diferente. Hay algo—¡así, así!—que hiere de aspereza y de brusca verdad. Y hemos de pensar y discernir, dentro de la unidad del libro—que es como decir en la unción de poeta y mundo ajeno—quién lleva, en quién han quedado después de todo las señales: si en Angel Crespo, excelente poeta, porque Alcolea se le clavó en la espalda, o si fué Alcolea de Calatrava, la rústica aldea “en donde todavía no hay progreso” quien se llevó la seña esta vez nada acariciadora, del poeta.

Angel Crespo, salió de su tierra, hacia el postismo. Puede que de ello sacara algo. Pero donde de verdad se ha encontrado, por todas las señales que quedan, es en esa su misma tierra. Es dura y plástica esta poesía; la poesía que justamente hoy se ne-

cesita en España. El camino en donde podemos reencontrar nuestras esencias, no está como alguien ha dicho, en la despoetización, sino en el hallazgo de una poesía apartada de tanto sobado caramelo; en el hallazgo de una poesía viril.

Doce poemas componen el libro. Doce poemas llenos de sabor a tierra, como el pan que se come en el establo. Como ese pan del que el poeta dice que se está amasando.

“desde que el trigo
bajo la tierra duerme.”

Hay, por otro lado, una visión encantadoramente ingénuo de cuanto al poeta en el campo rodea:

“Canto a Alcolea de Calatrava
que huele a establo por las calles,
que huele a oveja por las noches
y huele a trigo si amanece.
Canto a sus breves montes,
a su arroyo que pocas veces anda
y a su ermita clavada entre las piedras
con una cruz encima.”

Un buen libro éste de Crespo, en el que se hace difícil destacar algún poema. Uno de estos “Un vaso de agua para la madre de Juan Alcaide”, el gran poeta muerto, nos muestra un modo original de hacer, y en conjunto, la belleza del volumen es la más contundente explicación de que el libro se haya agotado en menos de dos meses. Cosa ésta que no sucede todos los días.—E. R. P.

EDUARDO MOREIRAS.—“Los Oficios”. Vigo, 1952.

He aquí un buen libro de poesía: “Los Oficios”. ¿Autor? Eduardo Moreiras. Consta este libro de Moreiras—que, como casi la totalidad de los libros de poesía publicados últimamente en España, tiene una impresión magnífica—de tres partes o divisiones: “Los oficios”, “La amante” y “Ladrón de fuego”

“Los oficios” constituye la primera parte del libro y da título al resto del mismo. En sus poemas—“El herrero”, “El albañil”, “El hojalatero”—el poeta, con intensa emoción, va poniendo luz y color, dolor y fuego, sobre cada uno de estos oficios, de estos hombres que humildemente, animan la materia con la fuerza poderosa de sus encallecidas manos:

“De mis manos anchas y fuertes
brotará una casa humilde con amor.”

Y he aquí que ésto, unido a la gran fuerza de expresión que Eduardo Moreiras pone en sus palabras, nos interesa y nos va ganando, poema tras poema, para la causa lírica del autor.

En la segunda parte, Eduardo Moreiras canta a una amante inmóvil y acabada. Su voz adquiere entonces calidades líricas dignas del autor del Cantar de los Cantares:

“Sus labios tienen luz
de estrella. Sus canciones
saben a huerto cerrado.”
“Si, su saber no es de este mundo,
y no obstante,
exacta está en él.”

Finalmente, “Ladrón de Fuego” titula Moreiras a la tercera parte de su libro, donde, a mi parecer, se encuentran los más conseguidos poemas: (“Castigo”, “Imperfecto”, “Tristeza”). Eduardo Moreiras, no cabe duda, es un enamorado de la forma, se vierte en ella como en un precioso cofre. Tiene un afán casi místico de dar vida a la palabra, de iluminar, metafóricamente, el verso. Y en este afán de belleza pura, que pudiéramos decir, muy raramente aparece lo humano, el hombre con su vivo problema. Si lo

hace, es veladamente, sin estridencias ni imprecaciones. Ocurre, a veces, que el hombre se descubre un momento; y nos deja ver algo de su propio corazón. Así, en el poema "Soledad Salvaje", donde el poeta nos da una muestra de lo más profundo de su humanidad:

"La verdad está aquí,
salvaje soledad desnuda,
y con ella mi gloria y mi llanto".

Buenos estos poemas de Eduardo Moreiras, y buena, muy buena, la edición que nos llega enriquecida con unos estilizados dibujos del cordobés Alvarez Ortega. Aunque estos dibujos nos recuerden demasiado los de Gregorio Prieto.—F. M. LL.

EDUARDO LOREDO.—"Sueño al hombro".—La Habana, 1951.

No conocíamos a Eduardo Loredo, pero en esta primera publicación suya que llega a nuestras manos, se nos ha manifestado como uno de los primeros poetas de la República hermana.

"Sueño al hombro" carece de presentación; el autor dice que "hubiera podido hacer hablar al compromiso, pero que toda obra poética tiene su estatura, y no puede crecer en lupa ajena."

Y en verdad que es grande la estatura de este libro, al que nuestra lupa no puede elevar nada en su valor, pues la dimensión que tiene no cabe dentro del círculo metálico de nuestro cristal de aumento.

"Sueño al hombro" está dividido en cuatro partes, de las cuales las tres primeras mantienen unidad temática y la última, que titula "Voz a media asta", contiene el sentimiento del poeta ante la muerte y el dolor ajenos.

Es vigoroso el verso de Loredo; posee una gran riqueza de imágenes, y una fuerza expresiva sencilla y gigante, que nos hace fundirnos con él, sentir totalmente, como nuestra, su propia inspiración.

"Sueño al hombro" es un canto al amor "trunco", a la ausencia irremediable, a la espera inútil; el poeta se encuentra vacío, solo, y así escribe:

"Estoy fuera del tiempo como un horario roto
desde que ya tus pasos no calzan mis arenas..."

pero, como comprende que todo está perdido, no se pierde en una desesperación intransigente, sino que al final se conforma con la realidad triste, y termina así su "Canto definitivo":

¡porque olvidar es todo!
¡aunque te esté llorando con todas las estrellas
y aunque me empuje el viento gritándome tu nombre!

En la última parte, Loredo sufre por los demás, canta al joven ciego, canta al dolor en domingo, y—aquí una gran alegría para nosotros españoles y una demostración del conocimiento de Loredo de nuestra poesía actual—canta a Miguel Hernández muerto, al gran poeta de Orihuela:

"Acallado Miguel, mi voz te escribe
pálida hasta el papel y hasta la ausencia..."

...y están ya para siempre como mares
llorándote las lluvias de Orihuela.

...y en tu muerte sin muerte, sosegado,
vive la paz de tu profundo olvido."

"Sueño al hombro" nos muestra a Loredo como un magnífico constructor de versos, con rima y sin ella, en todos los órdenes y estilos; pero no es ésta su nota más acusada y sobresaliente, sino la sinceridad de su contenido, la humanidad de sus concepciones, esa sensibilidad recia y profunda que expresa en cada una de sus palabras y de sus estrofas.—M. A. O.

MANUEL GARCIA VIÑO.—"Jardín de Estrellas".—Sevilla, 1952.

Nos llega la sexta entrega poética del Grupo Guadalquivir —con una deficiente presentación—dedicada por entero a uno de los poetas de dicho grupo: Manuel García Viño. "Jardín de Estrellas" es una serie de sonetos dedicados a cantar la gracia luminosa de las estrellas, que por lejanas, captan el alma enamorada del poeta, con su insinuante, eterno parpadeo.

García Viño—él mismo nos lo dice—es un nocturno soñador enamorado de las estrellas, para las cuales tiene palabras de solícita ternura:

"¿Qué abierta copa, tu alto, excelso nido
sostiene altiva en la región callada
donde la sombra, apenas vislumbrada
muestra el espacio en cuñas dividido?"

"¿Qué cima iluminada
repite su eco en el silencio herido?"

Estos sonetos están bien contruidos, con un perfecto sentido de lo que es, o debe ser, la estética del verso. Y era el soneto precisamente la forma más adecuada para tratar un tema que, como este, lleva ya en sí un gran caudal de clásica armonía. García Viño nos muestra aquí que no existe para él dificultad notable en el manejo de la forma. Nos dice su verso con una sencillez digna, puesta sobre los mejores pilares de la métrica. No obstante, nos resulta monótona la lectura de un libro como éste: dedicado a un tema de tan poca movilidad.—F. M. LL.

NOTICIAS

Los últimos días nos trajeron toda una avalancha de premios. Primero, el Adonais, de Poesía, que fué a las manos del americano Antonio Fernández Spencer. Después el Nadal, de novela, que fué a "Nosotros, los Rivero", de Dolores Medio, y por fin los "Ciudad de Barcelona". De ellos, el de poesía castellana lo obtuvo Gerardo Diego.

* * *

En el concurso convocado por el Ateneo Español de México, bajo el nombre de "Pedro Salinas", obtuvo el premio el poeta Leopoldo de Luis, conce-

diéndose una mención honorífica al cubano J. Sanjurjo. El jurado estuvo compuesto por A. Espina, J. José Domenchina y Florentino Torner, quienes hubieron de discernir entre más de un centenar de trabajos.

* * *

ALJABA prepara un número especial—que será tal vez el próximo—dedicado a los poetas andaluces de los últimos años, y con ellos los plásticos. Este número será de gran interés, y en él colaborarán las principales figuras de las letras y el arte de Andalucía.



Patrocinada por el Excelentísimo
Señor Don Felipe Arche Hermosa
Gobernador Civil de la provincia

TIP. PALOMINO & JAEN